

EL

SABADO

de

EL MERCURIO

Los chilenos
¿Tímidos o fóbicos?

Puerto de Caldera
A punto de hervir

En La Ligua, Petorca y Quillota
La palta reina

LUISA DURÁN DE LAGOS

QUIÉN ERA Y QUIÉN ES

ESTE EJEMPLAR DE REVISTA EL SÁBADO CIRCULA EXCLUSIVAMENTE JUNTO AL DIARIO EL MERCURIO. PROHIBIDA SU VENTA

4763 04

Su Historia

GONZALO LÓPEZ

LUISA DURÁN DE LA FUENTE

En vivo, muy viva

Conversamos con sus amigas, sus padres, uno de sus hijos sanguíneos, y con ella en dos tandas. Nos habló de todo. Conocimos así a un ser humano que no posa de nada, que se emociona a cada rato y no disimula lo que siente, que tiene humor y pasión.

POR XIMENA TORRES CAUTIVO

Siete veces se le humedecen los ojos durante la conversación. Pero tiene la fortuna de que no se le enrojece la nariz ni se pone horrorosa como le pasa a una, nos había comentado el día anterior su amiga Alicia Peyreblanque.

Hoy, frente a frente, en su pequeña oficina de la Fundación Chile XXI, donde trabajan los equipos del presidente electo, confirmamos que la observación es cierta: Luisa Durán de la Fuente convive en armonía con su talante de mujer que se emociona fácil. De llorona, en sus propias palabras; a la que no se le corre el rímel, en las nuestras.

Se quiebra por primera vez recordando a su abuela, Luisa Tavolara Metraud, madre de Luisa de la Fuente Tavolara, su mamá. "En la familia, hemos sido muchas las Luisas", comenta. Y se entusiasma hablando de esa abuela clave en su vida:

—Tenía cuatro hijos y estaba sola; mi abuelo se había ido con la secretaria. En ese tiempo, cuando a una mujer la dejaban, la dejaban, y mucho más indefensas que ahora. Mi abuela, como buena italiana, lloró, se encerró, nunca volvió a pensar en el amor, ¡qué tontera!, y se dedicó a sacar adelante a mi mamá y sus hermanos.

Para hacerlo, curiosamente, recurrió a la misma área en que su nieta, muchos años después, se desarrollaría en lo laboral: el corretaje de propiedades, claro que de una manera muy sui géneris.

—Ella se había quedado con una casa en Carlos Antúnez con Providencia, cuando en ese sector había puras parcelas. Su padre y otra gente le aconsejaron pedir un crédito y construir otra más chica ahí mismo: en una viviría y de la otra viviría. Pero ella descubrió que podía cambiarse de la chica a la grande y viceversa, de acuerdo a las necesidades de sus arrendatarios. A veces estábamos en una y, pum, de repente, nos íbamos a la otra. Eso, porque, años después y en muchas ocasiones, la abuela nos acogió en su casa, porque, como médico tisiólogo, mi papá no ganaba mucho.

Es en "la casa grande, en la vieja", donde Luisa Durán visualiza toda la ternura de su abuela. Por eso, de nuevo se emociona cuando cuenta que la demolieron.

—Recuerdo la chimenea encendida en invierno, mis tíos entrando y saliendo, el living lleno de gente entretenida, el olor a queque. Mi abuela cocinaba como los dioses. A veces me vuelven esos sabores y trato de reproducirlos: su guiso de coliflor, con salsita blanca y huevo duro; su *pie* de acelga. Cosas sencillas, pero ricas y que se hacen con poca plata. La veo amasando tallarines... con este anillo enharinado —dice, mostrando la única joya que lleva en su mano derecha. El anillo se lo regaló su propia madre al fallecer su abuela. "Me dijo: *Te lo ganaste*".

Afirma que tiene borrado de pura pena el año en que murió, en la década del ochenta, pero durante los largos meses en que su abuela Luisa enfermó hasta terminar con la conciencia difusa por la senilidad, ella la visitó y atendió a diario: "Sentí que me tocaba devolverle el amor que me dio".

Luisa Tavolari cuidaba y hacía soñar a la niña Luisa Durán. Y hasta hoy, que ya no está, opera el mismo efecto. Mientras afuera guardaespaldas, asesores, periodistas esperan, la mujer del presidente electo dice espontáneamente "¡qué entretenido!" y se explaya, pese a su apretada agenda, hablando de su tatarabuela, madame Metraud, una francesa que tenía una tienda de sombreros en Tacna.

—Ella le enseñó a mi abuela a hablar francés y le despertó la sed por saber más, aunque en esa época las niñas no estudiaban. Yo la escuchaba hablar sobre madame Metraud y lo único que quería era haber conocido su tienda llena de encajes, cintas y sombreros —dice, suspirando. Y, tras una pausa, vuelve, con pena, a ese último tiempo de su abuela: —Por eso, por amor y agradecimiento, de adulta, tomé el lugar que le correspondía a mi mamá. Tanto así fue que ella nos confundía: "Tú estás casada con un médico", "Tú eres la mujer del señor que aparece en la televisión, haciendo así con el dedo". No sabía cuál era cuál.

LOGARITMOS O TRIGONOMETRÍA

Luisa de la Fuente Tavolari, la mujer del médico y la suegra del señor que salió en televisión indicando con el dedo, fue la más linda de la Escuela de Medicina, tanto que la eligieron reina. Le recomen-

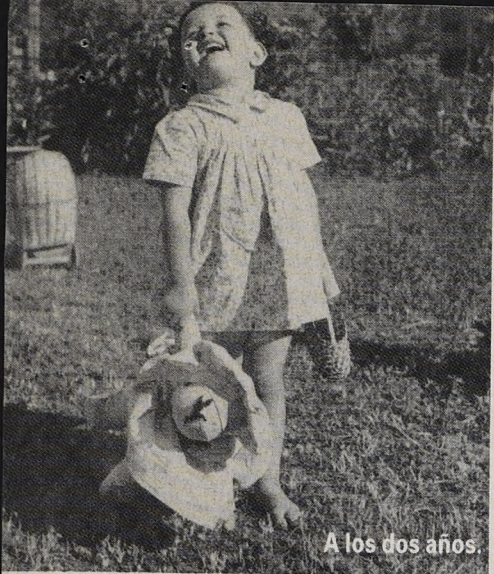
daron que fuera a la peluquería, pero a ella el consejo le entró por un oído y le salió por el otro. Rupturista y moderna, franca y directa, fumadora impenitente, porque el cigarro es una gran compañía, como nos dice ahora, dejó medicina y se matriculó en la Escuela de Bellas Artes. Entre una y otra cosa, se casó con el joven médico Hernán Durán, un hombre sereno que todavía la mira con amor, pese a la convivencia eterna.

Él era un sobreviviente a la tuberculosis, que en esos años causaba estragos. Estuvo internado en El Peral y, una vez recuperado, decidió volcar todos sus afares en el tratamiento de esa enfermedad. Estuvo a cargo de un par de sanatorios para tísicos y, dada la pobreza de sus pacientes, nunca tuvo una situación muy boyante, de ahí las largas temporadas en la casa de su suegra, en Santiago.

Luisa, la primera hija y la única mujer entre los cuatro hermanos Durán de la Fuente, que llegaron con calma, muy espaciadamente, amaba a su mamá escultora. Una mujer a la que le reconoce dos talentos. Uno, "su admirable habilidad manual"; el otro, "la capacidad para demostrarles a todos y a cada uno de sus hijos un amor tremendo e incondicional". Eso, para Luisa Durán, es la clave de la maternidad. Pero si la mujer de Lagos ama y admira a su madre, por don Hernán, su padre, tiene "un complejo de Electra gigantesco".

—Para mí siempre ha sido algo así como un héroe romántico. Imagínate: un hombre retraído y bueno, dedicado por entero a aliviar un dolor que él mismo había padecido y conocía bien. Cuando yo tenía diez años y nació mi hermano Pedro, mi papá sufrió una recaída. Estuvo varios meses en la casa y se dedicó a estudiar. Así empezó con el tema de la salud pública.

El hogar de los Durán de la Fuente era muy vivo en lo intelectual y en lo artístico. Amigos del matrimonio eran los bailarines Malucha Solari y Ernst Uthoff, el escritor Manuel Rojas, los Balmes. Fue con la primera con quien la inquieta Luchita comenzó a tomar clases de ballet, su pasión infantil. Tal como una adolescente de hoy idolatra a Britney Spears, ella se volvía loca con Alicia Alonso, a quien todavía considera una de las bailari-



A los dos años.



La foto que tiene su mamá en la billetera.



Paris, 1978: Ricardo, Francisca y Alejandro.

EL MERCURIO



Los míos, los tuyos y la nuestra.

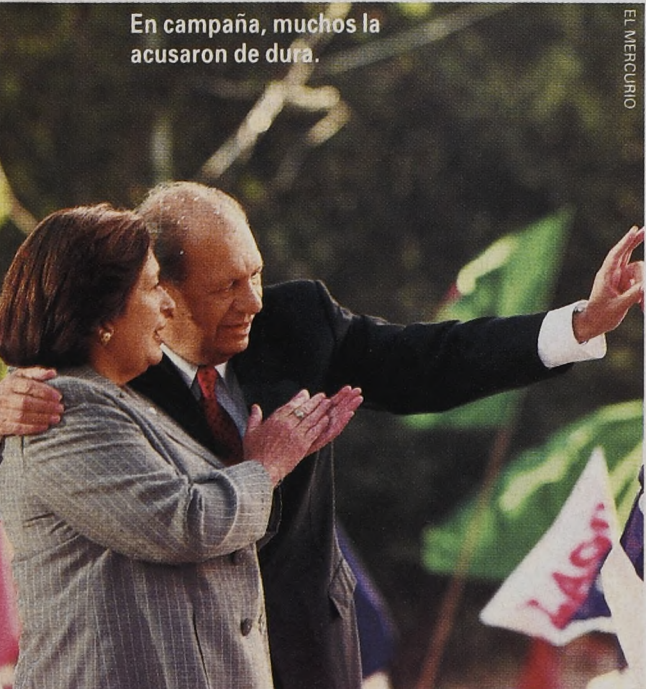


La Escuela de Servicio Social en pleno, en el matrimonio de Alicia Peyreblanque.



Marzo de 1990, entrando a La Moneda (como invitado)

EL MERCURIO



En campaña, muchos la acusaron de dura.

EL MERCURIO



Dos estilos, muy diferentes.

MACARENA MINICELLI

nas más maravillosas del mundo.

-Con mi amiga Paulina, juntábamos autógrafos, fotos, no nos perdíamos función en el Municipal. Debo haber visto quince veces *Carmina Burana*. Nos colábamos a los ensayos, incluso al del New York Theatre Ballet que vino a Chile, cuando yo tenía unos doce años. Entonces, no sé cómo ni por qué, con otras dos amigas conseguimos ir a tomar desayuno al hotel Crillón con Rosella Hightower, la *prima ballerina*, una inglesa o norteamericana, no sé, muy distante. Ella estaba con turbante y tenía un cuello largo y unas manos maravillosas, que nos deslumbraron.

Pero la vocación de bailarina no era tan fuerte y el ballet se convirtió en un gusto para darse como espectadora. "Me encanta y siempre me produce una gran emoción: Creo que todo el mundo debería tener clases de danza, por razones físicas y espirituales".

Alumna "ahí no más, porque me cargaba la disciplina", estuvo en la Alianza Francesa y después, por razones económicas, la cambiaron al Liceo 7 de Niñas. Adicta a la matiné del cine Oriente y a las novelas románticas, como la mayoría de las chicas de su generación, con *María*, de Jorge Isaacs, lloró hasta que le dio puntada, pero en ese tormento estaba la gracia.

Sí lloró por dolor genuino cuando a su papá le ofrecieron su primer cargo en un organismo internacional, como experto en salud pública, y debió dejar a su abuela y amigas. La familia partió a Uruguay y Luisa cumplió sus quince años en Montevideo, sintiéndose desgarrada y miserable.

-Un día mi papá me dijo: "Nos vamos. Nos volvemos a Chile, porque yo no puedo verte así todos los días". Ahí reaccioné. Ese puesto era para él un reconocimiento y significaba una buena situación económica, vivir tranquilos. Decidí entonces buscarle el lado positivo al asunto. Empecé a hacer amigos. Así entré al Colegio Francés de Montevideo y viví cinco espectaculares años en Uruguay.

De los quince a los veinte, como dice una canción antigua. Etapa más marcada, imposible. Allí nació Roberto, el menor de sus hermanos, quien durante sus dos primeros años de vida le decía mamá. Leyó completo *En busca del tiempo perdido*. Hizo amigas entrañables, una de las

C4769 202-04



Buena cocinera, aunque a veces la apariencia de los platillos no se aviene con lo sabrosos que le quedan, confiesa su hijo Hernán. En Caleu, el refugio familiar, Luisa cocina para los suyos y revive con sus nietas lo que fue su adorada abuela con ella. Durante la franja, accedió a mostrar la parcela, pero dicen que hoy está determinada a no abrísela a nadie.

cuales ya está invitada al próximo cambio de mando. Optó por estudiar arquitectura, en un primer año de preparación para la universidad, de acuerdo al sistema educacional uruguayo. Y desestimó la idea cuando se dio cuenta de cuánto pesaban las matemáticas en la carrera.

—Me gustan, pero cuando, en una de las primeras clases, el profesor escribió una tremenda ecuación en la pizarra y dijo algo así como “vean si la resuelven por logaritmos o trigonometría”, yo pensé “¡qué horror!”.

De manera que cuando hubo que tomar la decisión en serio, Luisa habló con su consejero y héroe romántico, su papá. Él le aconsejó servicio social, una profesión donde podría ejercitar lo que él consideraba su conciencia y sentido solidario. Luisa no tenía idea de qué se trataba, pero don Hernán le dio una explicación tan apasionante que la dejó convencida de que podría cambiar el mundo. No fue así. “Su visión del asunto fue, por supuesto, mucho más apasionante y entretenida que la realidad”.

Un año después, por el trabajo de su padre, volvieron a Santiago.

“NO ME SALE DECIRTE MAMÁ”

Dentro de la mitología que se ha generado a propósito del encuentro entre el profesor Ricardo Lagos Escobar que, en 1969, postulaba a decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, y Luisa Durán de la Fuente, la dirigente de la Escuela de Servicio Social, hay de todo. Que él se prendió de ella por sus ojos claros, que le recordaron los de Liz Taylor, su actriz favorita, como escribió un periodista romántico, quien luego consideró que los de la señora

Lagos son iguales a los de Ava Gardner. Hasta la mucho más creíble versión de que ni ella ni él estaban para flechazos.

Luisa había regresado a Chile de veinte años. Había entrado a estudiar servicio social, horrorizada por una escuela en que se enseñaba a hacer caridad con método y que le pareció un colegio de señoritas en vez de un centro universitario, desde donde se podía aspirar a colaborar en la creación de una sociedad más solidaria. Había descubierto su liderazgo natural, organizado un hasta ese momento inexistente centro de alumnos, participado de la creación de un sistema para evaluar a los profesores, estado en paro... A los veintidós años, también se había casado con el arquitecto comunista Hernán Edding, en una ceremonia muy simple, porque, asegura, “nunca me han gustado las rimbombancias”.

—Cuando ya estaba embarazada de Hernán, mi primer hijo, en la escuela me quisieron hacer repetir año por inasistencia. Yo cumplía, pero no tenía tiempo con lo del niño y la casa. Sentí que fue una maniobra terrible para deshacerse de alguien que alborotaba el gallinero. Entonces decidí no pasar más por la calle Condell, donde estaba la escuela.

Entró a trabajar como secretaria en su antiguo colegio, la Alianza Francesa, y pasó pegada a su guagua ese primer año. “Será por eso que ahora me cuesta tanto agarrarlo para abrazarlo”, dice, tocándonos a nosotros, en un gesto cálido y espontáneo. Luego nació Alejandro, y se fue haciendo evidente que el matrimonio no iba bien. No por nada terrible. “Él es un hombre respetable, que no me maltrataba, no me engañaba, pero con el que no había amor”, dice hoy.

—Creo que mis papás se dieron cuenta de

que mi matrimonio no iba a prosperar. Poco después de la separación, mi papá me confesó: “Me habría gustado ser de esos papás antiguos que encierran a la hija en un torreón... e impiden lo que no les parece. Pero nosotros somos una familia respetuosa que no acostumbra a oponerse”.

Hernán Edding hijo, de blue jean roto, anteojos azules y estampa ad hoc con su profesión de director de cine publicitario, confiesa que asocia esos primeros años de separación de su mamá y su padre sanguíneo con la música triste de Leonardo Favio:

—Escucharlo todavía me produce un dolorcillo de guata. Después de eso, nos fuimos los tres, mi mamá, Alejandro y yo a vivir con “los lilos”. Los lilos son mis abuelos maternos. La sensación en la casa de ellos fue de una gran acogida. Le ofrecieron a mi mamá que retomara sus estudios y creo que eso fue muy bueno, porque la sensación de fracaso, de acabo de mundo para una mujer joven que se separa es terrible. Yo lo entiendo mejor ahora, porque mi mujer es separada y tiene dos hijos —cuenta Hernán.

El quiebre matrimonial del profesor Ricardo Lagos es suficientemente conocido. Él mismo ha dicho que ese es el dolor más grande de su vida, mientras Luisa Durán ha mencionado el golpe militar del 73, cuando le han hecho la misma pregunta.

—Es curioso que usted dé una respuesta tan política y él, una tan personal y afectiva. Me llama la atención esa diferencia.

—¿Sabes qué pasa? Eso tiene que ver con los hijos. Yo, y las mujeres en general, cuando nos separamos, nos quedamos con los niños. Yo, con uno en cada mano, y no los soltamos ni por nada y así seguimos constituyendo familia. El hombre, Ricardo, en este caso, debe dejar a sus hijos,



Esta foto nos la pasó la propia Luisa Durán. "La tomamos en París, después del golpe, cuando todos nos habíamos desperdigado y habíamos organizado un encuentro familiar. Están mis hermanos, mi cuñada Angélica, mi mamá, algunos de los niños, Ricardo y yo. Mi papá no aparece, porque andaba en algún encuentro médico. Pusimos la cámara en automático y ya".

resignarse a verlos a veces, cuando se lo permitan. Queda solo. Eso es terrible. Acaba de venir una periodista a preguntarme: "¿No cree que por ser ustedes separados aumente la separación en Chile?". ¿Has visto mayor tontería? ¿Como si la gente eligiera fracasar en sus matrimonios! ¿Como si esto no fuera un dolor terrible, sino una moda! Esta diferencia entre hombres y mujeres separados me llevó a mí a no sacar casi nada de la casa en que viví con mi primer marido. Sentía que al dejarle las cosas, aunque fueran materiales, no se sentiría tan en descampado, tan desvalido.

Luisa tenía veintisiete años y estaba convencida de que el capítulo hombres se había acabado en su vida, cuando se topó con el profesor-candidato, que entonces estaba justo en la treintena. "Era joven, pero usaba terno y abrigo, lo que a mí me resultaba muy impresionante", dice ella.

Con el miedo y el escepticismo de sus mutuos fracasos auestas, empezaron a salir. Y, cuando estuvieron seguros de que lo suyo iba en serio, vino la etapa de producir encuentros casuales. Primero con los hijos de uno, luego con los del otro y después con todos. Recuerda Hernán Edding Durán:

—Lagos nunca trató de hacerse el simpático. Uno notaba que era un tremendo tipo, pero yo no podía dejar de sentir que me estaba robando a mi mamá. Los celos son algo que uno no maneja. Supongo que me pasó lo mismo que cuando nació mi

hermano Alejandro. Ellos intentaban que nos conociéramos de manera natural, pero todos nos dábamos cuenta.

Dice su mamá:

—Ricardo conoció primero a Hernán y a Alejandro. Y después me tocó el turno a mí con Ricardito y la Ximena. Ese ha sido el peor examen que he pasado en mi vida. Todo lo que me ha tocado ahora: enfrentar fotógrafos, cámaras de televisión, hablar frente a multitudes, responder a los periodistas, no es nada al lado de esos cuatro ojitos escudriñándome. Esas miradas midiéndome. Diciendo cómo será esta señora... Con el tiempo nos hemos reído mucho de todo eso, pero en su momento fue tremendo. Después salimos con los cuatro. Fuimos a la Quinta Normal. Anduvimos en bote, nos subimos a cuanto juego había. Ellos se miraban con una desconfianza salvaje, mientras nosotros hacíamos unos esfuerzos descomunales para que todo saliera bien.

En 1971, se casaron. Hernán y Alejandro vivían con ellos y, en 1972, después de un juicio por tuición, Ricardo y Ximena, los hijos sanguíneos de Ricardo Lagos, se sumaron a la convivencia del flamante matrimonio.

—Ricardito empezó pronto a llamarme "mamá". Yo me quedaba calladita, calladita. No hacía ni un gesto, para no presionarlo, para no asustarlo. A Ximena le ha costado mucho más no por falta de cariño, sino porque a ella el tema de su madre le ha afectado

mucho. Por eso me da tanta rabia cuando a esa señora la han utilizado en contra nuestra, como hicieron para la campaña del "Sí" y como intentaron hacerlo de nuevo. Ximena me dijo hace años, cuando era jovencita: "Perdona, pero no me sale decirte mamá". "No importa", le respondí. "Dime cómo quieras; lo que importa es la calidad de nuestra relación, no el nombre" —cuenta, de nuevo con los ojos húmedos.

Francisca, la famosa Panchita, nació en 1974, en Buenos Aires, después del golpe, que a su mamá le duró como una herida en el alma demasiados años. Ella es la síntesis viviente de un trabajo exitoso que todos los involucrados le atribuyen a Luisa Durán: haber formado una familia unida a partir de dos mitades.

La Panchita tiene, según su madre, algún parecido con ella. En lo sentimental, en lo romántica, en la intensidad para llorarse entera la película *Los puentes de Madison*, aunque la hayan visto varias veces. Algo en el físico (mucho, a juzgar por las fotos), pero también ha heredado lo reflexivo de su padre.

—Ella es más serena que yo, muy madura. Yo me pico y se me nota. No pondero. Digo lo que pienso. En eso me parezco a mi mamá.

YO, TARZÁN; TÚ, JANE

De su dolor por lo sucedido el 11 de septiembre de 1973, Luisa Durán ha hablado bastante. En síntesis, podríamos

4769 802.06

decir que la interpreta una diferencia que ha hecho su marido en alguna oportunidad: "Ningún error justifica el horror".

—Eso tiene que ver con una cuestión muy profunda: sentir que los seres humanos podían llegar a ser capaces de tanta bajeza es algo que me golpeó fortísimo. Pienso, por ejemplo, en Enrique París, un hombre bueno, inteligente, afectuoso, sensible. Un amigo entrañable que aportó Ricardo a la familia, que era parte de nuestra generación y que nada justifica que haya sido asesinado.

La familia Durán de la Fuente se desgranó. Su hermano Pedro, que era mirista ("Había estudiado sociología en Concepción, así es que imagínate tú"), fue detenido, y luego salió al exilio. Luisa, Ricardo y sus hijos partieron a Argentina y, después, estuvieron un año en Estados Unidos. Sus padres se autoexiliaron y, años después, en una visita a Chile, don Hernán, su padre, descubrió que tenía prohibición de ingreso al país, por ser un peligro para la seguridad interior. "Yo, que si algo soy es pacífico", se ríe hoy el doctor Durán, que entonces, claro, no se rió nada. Menos lo hizo Luisa, quien había ido a buscarlos al aeropuerto, porque, en 1978, los Lagos Durán habían vuelto a Chile. Se instalaron en una comunidad Castillo Velasco, en La Reina, en la misma donde hoy conversamos con sus padres.

En plenos años ochenta, cuando los exiliados empezaban a retornar, renovados y exquisitos, Luisa era la corredora de propiedades que les buscaba un lugar en estas comunidades, hechas de ladrillo y afinidades ideológicas y existenciales.

—Cuando volvimos, en 1978, intenté buscar trabajo en mi profesión, pero no hubo caso. El gobierno militar había barrido el servicio social. Lo demás que podía hacerse era ad honórem, y para mí siempre ha sido importante ganarme la vida, no porque tenga un marido que no me da para mis cositas —ironiza—. Me carga esa expresión: "No hay nada como ganarse la plata para las cositas de uno". Cuando escucho a algunas mujeres decir eso, me dan ganas de tirarme al suelo de rabia.

Así fue como primero inventó Alelú. En Buenos Aires había hecho un curso de corte y confección, y asociada con la mujer



LUISA TENÍA VEINTISIETE AÑOS Y ESTABA CONVENCIDA DE QUE EL CAPÍTULO HOMBRES SE HABÍA CERRADO EN SU VIDA, CUANDO SE TOPÓ CON EL PROFESOR LAGOS, QUE ENTONCES ESTABA JUSTO EN LA TREINTENA. "ERA JOVEN, PERO USABA TERNO Y ABRIGO, LO QUE A MÍ ME RESULTABA MUY IMPRESIONANTE", DICE.

de su hermano Roberto, Angélica, formó una sociedad a la que llamaron Alelú.

—A mí me encanta coser y Angélica aportaba su gusto y creatividad. Yo cortaba, hilvanaba. Es cierto que no eran muy finas las terminaciones, pero nos reímos mucho. Íbamos a las tiendas y, mientras Angélica se probaba, yo copiaba los modelos. Al final, ella encontró pega como profesora y yo seguí sola un mes más. Descubrí que me gusta coser, pero por placer, para hacerle cosas a los niños, no para pasarme todo el día en eso.

Hernán recuerda que, en una época, su mamá les hacía las camisas y que, mientras ellos soñaban con buzos Adidas, ella les cosía unos con franjas por los lados, que usaban a regañadientes, porque, claro, no eran lo mismo. Ricardo Lagos, por su parte, la alentaba en sus iniciativas empresariales. Aunque, durante la etapa de Alelú, se quejaba porque había alfileres y agujas por todos lados. Donde se sentaba, se clavaba.

Fue en el supermercado donde Luisa Durán descubrió el secreto de su éxito: andaba de compras y se topó con Mónica Maturana, quien había sido su matrona. Ella le contó que estaba dedicada al correaje de propiedades.

—Siempre me ha gustado el tema de las casas, me aparecen hasta en sueños. Será porque las encuentro reveladoras de la

personalidad de quienes las habitan.

Así, con una amiga, fundó Propiedades Alhué. Después se separaron y ella formó su propia empresa y se hizo especialista en las Castillo Velasco.

—La comunidad donde viven mis papás la armé yo en parte. Ahí vivimos, porque a mí me acomoda mucho ese sistema de convivencia. En una etapa difícil, en que tenía miedo y pensaba que quizás nunca recuperaríamos la libertad, vivir entre gente afín, a la que respetas y te respeta, era muy importante. Además, los otros hijos eran grandes y la Panchita estaba creciendo como hija única. Para ella, vivir en comunidad fue muy bueno. Le permitió desarrollarse, dejar de aburrirse, no ver tanta tele y hacer amigos.

Hoy, Luisa Durán ve peligrar la privacidad de esos ambientes cálidos que le gusta generar. Tendrá que dejar su departamento por razones de seguridad. Ya ha dicho que la parcela de Caleu, el famoso refugio familiar, donde entran sólo ellos y los amigos muy queridos, no está en vitrina. Que, con lo que se vio en la franja, basta y sobra. Ese lado es para ella lo más duro del triunfo de Lagos. Pero, con los días, se ha convencido cada vez más de que el lado positivo del poder es que permite hacer cosas buenas. Poner en práctica con sus amigas de la Escuela de Servicio Social, Alicia Peyreblanque es una de ellas, esa idea de igualdad por la que lucharon de jóvenes. Dice que a eso se dedicará, aunque por ella quisiera pasar inadvertida. "Ser del color de las paredes".

Y no podemos conversar más. Sus nuevos deberes la llaman. Los guardaespaldas se movilizan, sus asesoras la apuran, los periodistas la esperan. Le ha pasado lo que hace unos dos años sus amigas le pronosticaron: llegar a La Moneda.

—“¿Qué vas a hacer entonces?”, me preguntaron, y yo les repliqué: “¿Qué vamos a hacer?” —dice, despidiéndose, mientras esas mismas amigas la rodean. Se va y nos queda dando vuelta algo que nos confesó sobre su ideal de pareja romántica en su juventud: Tarzán y Jane.

—Yo soñaba con ser Jane y volar por la selva junto a él, colgada de las lianas. En realidad, lo he conseguido. Aunque mi Tarzán esté más vestido y la selva en que nos toca vivir sea un poco distinta. ■

4769 P02-07